

La España de ayer

(RECOPILACION DE TEXTOS HISTORICO-POLITICOS)

MUERE PRIMO DE RIVERA.—ANÁLISIS DE LA DICTADURA

El odio, la ingratitude, la soledad, que andaban entre bastidores con paso callado, entraban ya en escena, implacables, crueles, sin máscara ninguna, desafiante. No fué la caída gallardas que querían sus ministros, la de un héroe de leyenda, sino triste y humillada, como la de una víctima propiciatoria. La vida de Primo de Rivera se ilumina en sus postrimerias con arreboles de un ocaso mustio e invernal. Triste, enfermo, abandonó en seguida el palacio de Buenavista para refugiarse en unos bajos de la calle de Zurbarán.

Después —11 de febrero— la salida para París, el destierro voluntario, la vida en un modesto hotel de Pont-Royal. Recibe visitas, pasea por las calles de la gran ciudad, gusta con suave amargura de la soledad y el silencio.

El señor Calvo Sotelo, que le visitó el día 15 de marzo, escribió: «El, impávido, vigoroso, en su fe, seguía creyendo en los destinos futuros de la Patria inmortal, pero sus augurios brotaban de unos labios casi exangües; su voz era tenue ahora; su gesto, lacio; su hablar, pausado, y su rostro, surcado por las arrugas del insomnio, denotaba la fatiga implacable. Aquel día sólo supo hablar de España, renovando la fe monárquica, fue en él era medular, y la confianza en el porvenir de nuestro pueblo.»

Al día siguiente, 16 de marzo, su hijo Miguel le encontró exánime sobre el lecho. Cuando llegó el médico, el general había fallecido.

Los últimos días de su vida le tocó padecer el calvario moderno: los alfilerazos, las insidias, las tergiversaciones de los periódicos hostiles, que hasta le regateaban la victoria de Marruecos; esta forma de tortura que entra por el espíritu, deshace los nervios y acaba por emvenenar la sangre. «Y lo peor de este martirio—dijo su hijo José Antonio—es que sólo lo padecen los buenos; que sienten la injusticia.»

Con un imponente cortejo militar, presidido por el mariscal Petain y el gobernador militar de París, fue trasladado al cadáver de don Miguel Primo de Rivera a la estación de Anvers. Al llegar el tren a Iruña, dos andenes de la estación, estaban atestados de público, al igual que ocurrió en todas las estaciones de tránsito. El día 20 llegó a Madrid, donde le esperaba una multitud silenciosa y triste. El traslado desde la estación del Norte a la Sacramental de San Isidro, donde recibió sepultura, se hizo evitando el desfile de la comitiva por las calles céntricas, de acuerdo con las órdenes del Gobierno, temeroso de dar con ello pretexto a incidentes. Pero esta medida no impidió que el pueblo tributara al general el homenaje emocionado y doliente de su cariño. Retas las filas de soldados, la muchedumbre se abalanzó, frenética, a besar el ataúd. El féretro flotaba lentamente sobre un océano humano, que lo envolvía en suspiros, en clamores y en gritos desgarradores. La ceremonia, que empezó con la solemnidad del protocolo propio de un capitán general, acabó de esta manera, menos rígida y correcta, pero más entrañable y bondadosa, porque el pueblo de Madrid estaba seguro de que el general que se marchaba para siempre le había dedicado lo mejor de su vida y de su amor.

JOSE ANTONIO Y LA DICTADURA

No podemos terminar este capítulo de la Historia de España, que encarna la Dictadura, sin hacer constar el juicio crítico, el análisis profundo que de ella hizo el propio hijo del dictador, José Antonio Primo de Rivera, con ocasión de la vista celebrada ante el Tribunal de Responsabilidades el año 1932, en la que José Antonio asumió la defensa del antiguo ministro de la Dictadura don Gale Ponte.

En su discurso examina la situación predictatorial de España, recaba para su padre toda la responsabilidad y todo el honor del golpe de Estado, y distingue y señala a los enemigos de aquel régimen en la forma siguiente:

«Acordados del antiguo régimen: Aquella vida chata, tonta, perezosa, escéptica... España mirada por un desaliento ni siquiera trágico, sino aceptado con una especie de abyecta socarronería. En Marruecos la llaga sangrienta y vergonzosa, continuamente abierta, sin esperanza de cura. Aquí, un Estado claudicante, ante cuyos ojos sin brillo iba fermentando la anarquía. Mientras tanto, la riqueza de España, la décima parte de lo que podía ser la riqueza de España, el hijo de los pobres campos de España, casi olvidados por sus señores, con sus mantenes en las manos, con sus señores, las familias privilegiadas, y en alianza con

esas familias, unos grupos de viejos políticos, cuya misión era mantener el tinglado en pie lo que buenamente durase, demorando su previsto derrumbamiento mediante regateos con la sujeción.»

Durante algunos años, la correlación de servicios fué perfecta. Los viejos políticos aseguraban a las familias privilegiadas una interina tranquilidad, y las familias privilegiadas, a guisa de salario, deparaban a los viejos políticos la inefable ventura de exhibirse de frac algunas veces, entre duquesas, marquesas y condesas, bajo las arañas de los palacios.

Pero en los últimos tiempos se resquebrajaba aquello de manera inquietante.

Y, entonces, el 13 de septiembre de 1923, el general Primo de Rivera dió en Barcelona un golpe de Estado.

«He dicho, hijos, el general Primo de Rivera. El solo. Para él toda la responsabilidad y todo el honor. Podéis creer a quienes aparentemente contribuyeron al movimiento. A buen seguro que lo que ellos se proponían era bien distinto de lo que pensaba el general Primo de Rivera. Ninguno de sus colaboradores circunstanciales participó en el pensamiento del golpe de Estado. En todo caso, si alguna culpa hubiera podido alcanzarse, ya la han borrado con el arrepentimiento eficaz.»

El general Primo de Rivera dió un golpe de Estado. Y desde ese punto, desbandados los viejos políticos, sobre el general Primo de Rivera y sobre su obra vino a concentrarse la atención de quienes iban a ser en adelante sus jueces: las familias privilegiadas, el pueblo, los intelectuales.

Las familias privilegiadas vieron venir con júbilo la Dictadura. Se daban cuenta de que sus queridos viejos políticos eran ya un instrumento demasiado débil frente a la marcha de los tiempos, y supusieron que el Gobierno de un general iba a reforzar energicamente eso que ciertas personas entienden por «el orden». Además, alentaba tal esperanza la interpretación dada al golpe de Estado por los generales que lo apoyaron en Madrid: aquello se encaminaba, sencillamente, a apuntalar el régimen con hombres nuevos, por lo demás, no se pensaba cambiar nada; el Gobierno que iba a formarse era un Gobierno constitucional.

Los generales de Madrid debían considerarse superiores en talento al general Primo de Rivera (del que, por otra parte, fueron siempre leales y valerosos compañeros de armas). Si ellos hubieran conocido los propósitos del general Primo de Rivera los hubieran repudiado por toscos, como los repudieron después. Ellos nunca pensaron subvertir el antiguo régimen, sino derrocar delicadamente al Gobierno para dar entrada a otro Gobierno constitucional. Así, los generales quedaban fuera, como protectores generosos y amables, mientras todo seguía, poco más o menos, igual que si no hubiese pasado nada.

Y, sin embargo, el general Primo de Rivera estaba en lo cierto. Su idea era la única, bien construida, aunque otra cosa pensaran los generales de Madrid. Se puede dar un golpe de Estado, que es la ruptura de un régimen para implantar otro nuevo hasta la raíz, pero es inexplicable lo de subvertir la Constitución, que, por ser subvertida, ya queda irremediablemente muerta, para dejar paso a un Gobierno «constitucional» de la misma Constitución subvertida. Eso es tan absurdo como dar a un señor de bofetadas para convidarle a abrazar.

Por eso, contra lo previsto, el general Primo de Rivera, que escuchaba muy bien los rumores del pueblo, que había aprendido a conocer el alma del pueblo durante muchos años de vida militar, cerca de sus soldados, en entrañable comunidad de esperanzas, peligros y fatigas, el general Primo de Rivera, que en su viaje de Barcelona a Madrid recogió un clamor popular exigente, sintió la inmensa responsabilidad de aquella hora, percibió el llamamiento profundo que le ordenaba no fallarle, no desperdiciarlo en pequeñeces, no ceder a la pereza, ni a la vanidad de reservarse el papel

decorativo de protector, sino asir en sus manos fuertes las riendas que a las manos se le venían y conducir a España bifurcamente, profundamente, hacia una vida nueva.

Así empezó a poder y a sajar sin contemplaciones con tan resueltas maneras, que las familias privilegiadas y los antiguos conspiradores de Madrid no tardaron en escandalizarse. «¿Qué era aquello? ¿Quién era aquel militarote de ímpetu popular, que de tal modo osaba descomponer el cuadro? Las familias privilegiadas (y conste que no comprando en ellas a todas las de la aristocracia ni a las de la aristocracia sólo. Hay entre las familias aristocráticas muchas que pueden presentarse como ejemplos de sencillez y virtudes domésticas. Nunca participaron estas familias en el tinglado del antiguo régimen, y en cambio manipulaban en él muchos infortunados advenedizos). Las familias privilegiadas del antiguo régimen no soportaban que aquel general, irrepetible con la etiqueta, recogiese y quisiera imponer el afán popular de un Estado nuevo. ¿Cómo se atrevía Calvo Sotelo, con sus decretos de 1926, a fiscalizar, aun bajo la pena de expropiación, la riqueza oculta? ¿Cómo era tan audaz el dictador que en un artículo publicado en «ABC» a fin del año 1927 anunciaba para el siguiente la reforma agraria? ¿Qué significaba esa innovación «socialista» de los Comités paritarios? Nada de aquello era lo convenido!»

Y el antiguo régimen empezó a conspirar contra la Dictadura.

Mientras tanto, el pueblo, que sabe manifestar su voluntad de muchas maneras sin necesidad del sufragio, se daba cuenta de que aquello era «suyo». El pueblo percibía que por primera vez se gobernaba para él. Aquellas madres que antes miraban crecer a sus hijos con la zozobra de que se les malograsen en Marruecos, sentían como suyo al que se fue a encanecer en Marruecos para librarlas de la angustia. Aquellos emigrantes a quienes una implacable ley de Reclutamiento desterraba para siempre sentían como suyo al que les abrió otra vez el camino del hogar. Aquellos jornaleros en cuyo beneficio ratificó España, la primera, todos los Convenios internacionales de protección al trabajo sentían como suyo al que por ellos veía con amor donde se sientan los poderosos. Y los miseros lugares de España, que vieron llegar caminos alegres de enlace con el mundo, esuelas para los niños, sanatorios y clínicas para las carnes maltrahadas de los húmidos, agua para las tierras secas...

El pueblo lo sintió como suyo y por eso en el fondo del alma, donde ningún soborno penetra, siempre estuvo con él. Recordad el paso de su cadáver por media España entre multitudes que lloraban en silencio, como si el dolor de aquel cortejo fuese fuera un dolor de todos. Y ved ahora, después de tres años de difamación repugnante, como el pueblo se ha vuelto de espaldas a este proceso, donde no se debatía ningún ansia popular de justicia.

Mas el pueblo solo, sin intermediarios, no basta para sostener un régimen. ¡Ah, si hubieran querido los intelectuales! Pero los intelectuales —por culpa sólo suya—, por culpa, en parte, del dictador, se divorciaron pronto del nuevo régimen. Fue un movimiento de antipatía que aún está por explicar. Los intelectuales se replugaron en sí con un mohín de repugnancia y desdenaron el penetrar todo el sentido profundo, revolucionario del pensamiento de Primo de Rivera. Se detuvieron en dimes y diretes rituales y no quisieron entender. ¡Qué coyuntura desperdiciaron ellos, los más sensibles al dolor de España, para haber encauzado aquel magnífico torrente optimista de brío popular que desbordaba el espíritu de Primo de Rivera entre los taludes de una doctrina elegante y fuerte!

Así vino a encontrarse solo, con un grupo de colaboradores leales, el general Primo de Rivera. Entre él y el pueblo, pasivo, un desierto de silencios hostiles, cuando no de calumnias clandestinas. Los intelectuales, enfrente. Las familias privilegiadas, las más palatinas, las más prominentes, agitando en murmurar y conspirar. Donde iba a apoyarse Primo de Rivera? Sólo estaba a su lado con algún calor aquella parte de la aristocracia, sencilla y ejemplar, de que habló antes y la pequeña clase media española. Gente admirable por sus cotidianas virtudes, pero poco preparadas para las grandes tareas del espíritu. Gente que sólo podían entender, el lado conservador de la Dictadura, pero sin aliento para acompañarla en su afán profundo de renovación.